



«citos están uno enfrente de otro, dáse la señal de atacar, la confusión comienza, uno de los partidos es vencido, la mitad de los soldados huyen á cien pasos, la otra mitad se detiene á los cincuenta. ¿Tendrían derecho estos últimos de mofarse de los otros que huyeron más lejos que ellos?» «No, respondió el rey, por haberse detenido á los cincuenta pasos, no por eso han dejado de huir: la misma ignominia les espera.» «Príncipe, replicó vivamente Meng-Tseu, cesad pues de alabar los cuidados que tomáis más que vuestros vecinos; todos habeis incurrido en los mismos censurables defectos, y ninguno de vosotros tiene derecho de ridiculizar á los demás.»

Prosiguiendo despues sus mordaces interelaciones: «¿Encontráis, dijo al rey, que haya alguna diferencia en matar á un hombre con un baston ó con una espada?» «No, respondió el príncipe.» «¿La hay, continuó Meng-Tseu, entre el que mata con una espada, ó por una administración inhumana?» «No, respondió también el príncipe.» «Pues bien, replicó Meng-Tseu, vuestras cocinas rebosan de viandas, vuestras caballerizas están llenas de caballos, y vuestros súbditos con rostro macilento y descarnado están llenos de miseria, y se encuentran muertos de hambre en medio de los campos y de los desiertos. ¿No es esto criar animales para devorar hombres? ¿Y qué importa que les hagais perecer por la espada ó por la dureza de vuestro corazón? ¿Si odiamos á los animales feroces que se destrozan mutuamente, ¿cuánto más debemos detestar un príncipe que, debiendo por su dulzura y su bondad mostrarse el padre de su pueblo, no teme criar animales para que les devoren? ¿Cómo puede llamarse padre del pueblo el que trata tan despiadadamente á sus hijos, y el que tiene ménos cuidado de ellos que las bestias que él alimenta?»

Un día el rey de Tsi, informándose del filósofo acerca de los sucesos que habian pasado en épocas remotas, le hablaba del último príncipe de la primera dinastía, destronado por Tch'ing-Thang, y del último príncipe de la segunda dinastía, dado muerte por Wou-Wang, fundador de la tercera. —¿Son reales estos hechos? preguntó á Mencio. —La historia da fe de ello, respondió éste. —¿Puede un súbdito dar muerte á su soberano? replicó el príncipe. —Rebelde, dijo Meng-Tseu, es el que ultraja á la humanidad; bandido el que se subleva contra la justicia. Tanto el rebelde como el bandido, es un simple particular. Yo he oido decir que el castigo en la persona de Cheu, habia recaido en un particular. No veo, pues, que se haya hecho perecer en él á un príncipe.

Cerca de diez y siete siglos más tarde, hácia el fin del décimocuarto siglo de la era cristiana, Hung-Wou, el fundador de la dinastía de Ming, leyendo un día á Meng-Tseu, se fijó, según se dice, en el siguiente pasaje: «El príncipe considera á sus súbditos como la tierra que pisa ó como los granos de mostaza, que no hace ningun caso de ellos; sus súbditos, á su vez, le consideran como un bandido ó como un enemigo.» Estas palabras chocaron al emperador novel. «No es así como debe hablarse de los

soberanos. El que ha usado de semejante lenguaje, no es digno de participar de los honores que se tributan al sábio Confucio. Degradese á Meng-Tseu y quítese su tablilla del templo del príncipe de los letrados. Nadie se atreva á presentarme representaciones sobre este punto, ni á trasmitirlas antes que sea herido con una flecha el que las haya redactado!»

Este decreto puso en consternación á todos los letrados: uno de ellos, llamado Thsian-Tang, presidente de uno de los consejos soberanos, resolvió sacrificarse por el honor de Meng-Tseu; compuso una súplica, en la cual, despues de haber expuesto el pasaje completamente y explicado el verdadero sentido en que era necesario entenderlo, hacia una descripción del imperio en tiempo de Meng-Tseu y del estado deplorable á que le habian reducido todos los pequeños tiranos en incesante guerra unos contra otros, y todos igualmente en rebelion contra la legitima autoridad de los príncipes de la dinastía de los Tcheu. «De esta clase de soberanos, decia en conclusion, y en manera alguna del hijo del cielo, es de quien ha querido hablar Meng-Tseu. ¿Cómo despues de tantos siglos se puede hacer de ello un crimen? Yo moriré, puesto que tal es la orden, pero mi muerte será gloriosa á los ojos de la posteridad.»

Despues de haber examinado y corregido bien esta peticion y preparado su féretro, Thsian-Tang se dirigió al palacio, y cuando llegó á la primera muralla: «Vengo, dijo á los guardias, para hacer presentaciones en favor de Meng-Tseu; ved aquí mi peticion, y descubriendo su pecho: Sé cuáles son vuestras órdenes, dijo; herid.» Al instante uno de los guardias le lanza una flecha, toma la peticion y la hace llegar hasta el emperador, á quien le cuenta lo que acababa de suceder; el emperador leyó atentamente el escrito, la aprobó ó aparentó aprobarla, y dió sus órdenes para cuidar á Thsian-Tang de la herida que habia recibido. Al mismo tiempo decretó que el nombre de Meng-Tseu quedase en posesion de todos los honores de que gozaba (1).

Ahora bien; ¿ha sido siempre observada en la China la doctrina de Confucio y de Meng-Tseu? ¿Qué efectos ha producido?

Hé aquí desde luego un hecho que cuentan los historiadores chinos. Un siglo despues de la muerte de Meng-Tseu, se levantó, durante más de veinte años, una violenta persecucion contra las letras y los letrados. El año 247 antes de la era cristiana, un nuevo emperador, Chihoangti, reunió la China en un sólo imperio, hasta entonces dividido en muchos reinos, que casi siempre estaban en guerra.

Este es el que construyó la gran muralla de cuatrocientas leguas de longitud para defender el país de las incursiones de los tártaros. A fin de gobernar más á su gusto, trató, se dice, en el trigésimocuarto año de su reinado de abrir las antiguas historias y las antiguas doc-

(1) Abel Rémusat: *Nouv. Mélang asiatiques*, título II, art. *Meng-tseu*.



trinas, destruyendo los antiguos libros, particularmente los de Confucio. Como estos libros estaban escritos entonces sobre tablillas de madera, el descubrimiento y la destruccion de ellos eran muy fáciles. Muchas obras perecieron así completamente, como el Yo-King del filósofo; otras no se encontraron sino en parte, como el Chu-King.

En cuanto al imperio moral de la doctrina misma sobre los espíritus, nos lo va á indicar uno de los más famosos letrados.

«El *Tahio* ó la *gran ciencia*, dice Tchu-Hi, no es otra cosa que la doctrina de los antiguos sábios; ella enseña á los hombres lo que más les importa saber.»

«Feuhi, *Chinnung*, *Hoangti*, *Yao* y *Chun* reconocian un señor, árbitro soberano de todo cuanto existe, y le tributaban homenaje.» Colocados por este soberano á la cabeza de la nacion, la gobernaban como padres de ella. Eran muy afectos á las ceremonias, á la música y á los ritos, é hicieron de ellos la base de su legislación.... Las tres familias que gobernaron despues de ellos, es decir, los fundadores de las tres dinastías, *Hia*, *Chang* y *Tcheu*, les imitaron y les excedieron aún en algunos puntos. En estos felices tiempos reinaba igualmente el orden en la corte del soberano, en los palacios de los grandes y en las casas de los simples particulares.

«Y si la dinastía de los *Tcheu*, de donde han salido tan ilustres personajes, ha producido tan malos príncipes, príncipes indignos de reinar; si se han practicado tantas virtudes bajo los buenos reyes que la han hecho ilustre, y si se han cometido tantos crímenes bajo los inicuos príncipes que la han deshonrado, es únicamente porque los unos se conducian según los principios de la *gran ciencia*, y porque los otros se dejaban guiar por sus pasiones.»

«Sin embargo, en estos nebulosos tiempos en que la dinastía de los *Tcheu* estaba en su decadencia por haber despreciado la gran ciencia, el cielo no quiso abandonar completamente los hombres á su perverso sentido, sino que hizo nacer á Kung-Tsee, para que tratase de recordar sobre la tierra la inocencia y la virtud, que parecian estar desterradas de ella, renovando el recuerdo de la *gran ciencia*, que estaba casi completamente perdido.»

«Despues de la muerte de Kung-Tsee y de sus discípulos, la ignorancia y la corrupcion apagaron la antorcha de que se habian servido los sábios para ilustrar la nacion. Meng-Tsee la encendió de nuevo, pero no fué para hacerla brillar mucho tiempo; levantóse una multitud de falsas doctrinas que oscurecieron el brillo de ella. Los sectarios de estas falsas doctrinas se multiplicaron hasta el infinito, y prevalecieron sobre el pequeño número de sábios que cultivaban la ciencia de las costumbres, la gran ciencia, la única verdadera ciencia. Los sectarios, diciendo cosas que, en apariencia, están por encima de las que se encuentran en el *Tahio*, se atrajeron la multitud. La mayor parte de ellos no admite ningun sér intelectual por primer principio de las cosas, y no busca sobre la tierra más que un vergonzoso reposo; estos son hombres despreciables y vi-

les, inútiles al género humano, y que no tienen otra humanidad que aquella de que no pueden despojarse.»

«Hay otros de entre ellos que, para procurarse riquezas y honores, seducen al pueblo por sus prestigios, sus artificios y sus vanos reconocimientos.»

«Despues de Meng-Tsee, las semillas de la sana doctrina que este sábio habia hecho germinar de nuevo, fueron aniquiladas por los malos granos que los diferentes sectarios esparcieron por todas partes. Estos sectarios, multiplicados hasta el infinito, prevalecieron sobre los verdaderos sábios en el espíritu del populacho y de los ignorantes, hicieron casi olvidar á Kung-Tsee y la doctrina de los antiguos, hasta el tiempo en que aparecieron los dos *Tcheng-Tsee* en el *Ho-man*. Estos dos ilustres personajes, tanto por sus discursos como por sus escritos, pusieron en vigor los preceptos de la *gran ciencia*, y trataron de conducir los hombres al cumplimiento de sus deberes; pero estas dos ilustres lumbreras desaparecieron, y desgraciadamente para nosotros, sus obras han sido esparcidas ó mutiladas. Yo no soy bastante hábil para suplir completamente lo que nos falta; pero como siempre he amado el estudio, y sobre todo, me he dedicado siempre al estudio de nuestros grandes libros, me he penetrado completamente de las máximas de Kung-Tsee y de los sábios de la más remota antigüedad, que son los de la *gran ciencia* (1).»

Hé aquí, pues, la filosofía china, por boca de uno de sus más ilustres defensores, que confiesa haber sido impotente para realizar el bien, cuya obra habia emprendido. Todo lo que ha podido hacer la escuela de Confucio, ha sido conservar entre los sábios de la China la letra de la doctrina antigua; pero al cabo de los siglos transcurridos, es una letra muerta. Los discípulos de Lao-Tseu han degenerado mucho más todavía; en vez de marchar por las huellas de su maestro, han hecho de él una especie de divinidad fabulosa; en lugar de estudiar con él la razon divina, se entregan á un sinnúmero de extravagancias. Bajo el soberbio nombre de Tao-Sse, ó doctores de la razon, no es más que una secta de juglares, de magos y de astrólogos, buscando el brébjame de inmortalidad y los medios de elevarse al cielo atravesando los aires. En fin, para la China, como para el resto del mundo, no hay otra esperanza sino el santo que Confucio esperaba del lado del Occidente.

Un sábio de nuestros días, que ha hecho una profunda historia de la filosofía en China, concluye con las siguientes reflexiones:

«Volver la vista á la verdad, principalmente en su natural manifestacion, como orden celestial de todos los sucesos del mundo para anunciar la soberana voluntad, tal es el carácter fundamental de la antigua sabiduría. El fundamento es completamente teocrático. Los tiempos de la primitiva legislación son muy poco conocidos para poder determinar cuánto tiempo estuvieron unidos á los antiguos patriar-

(1) *Vida de Confucio*, págs. 503, 506.





cas del mundo antiguo los antepasados del pueblo chino, ni la causa que les llevó a encaminarse especialmente hacia el Oriente. En un principio, el emperador era considerado hijo del cielo, vicario de Dios, como los padres del pueblo; la voluntad del cielo era su regla. Pero como allí no había ningún poder intermedio para interpretar la celeste voluntad, había el peligro de que el emperador llamase voluntad del cielo a su pasión ó su interés. Lo que no tardó en suceder. Se ve con frecuencia sentado en el trono el más refinado orgullo, bajo la apariencia de humildad. Los dominadores se anunciaban como dioses, y el pueblo se prosternó ante ellos, no ya con el antiguo espíritu de una filial veneración, sino propiamente de esclavos y de idólatras. Pero como los gobernantes de esta especie tenían menos que nadie carácter teocrático, y como su vida indicaba cuán poco eran acreditados del cielo, con mucha frecuencia también, detrás del servil espíritu y falsa devoción, fermentaba una interior aversión; de suerte que por todos lados se ocultaba la mentira bajo la máscara de la antigua veracidad. Mientras que ambiciosos señores hacen largos discursos y publican edictos en el estilo de la antigüedad, pero que cada confidente sabe bien que todo no es más que una mentira, y que el verdadero fundamento es la arbitraria voluntad del emperador, la ambición y el interés particular de los grandes, el pueblo, á su vez, llegó á ser por más de un motivo receloso y desconfiado; y mientras aquel atiende sólo á la conciencia individual, aunque no sea más que por el antiguo respeto hacia la voluntad del cielo, como el más elevado y último tribunal, éste igualmente sigue sus pequeñas miradas, y trata de recabar del gobierno todo lo que puede. La administración paternal se convirtió en la más vigilante policía. El *gobierno de justicia*, que representa el *Chu-King*, se cambió en injusticia; este monumento, en otro tiempo tan venerado, no tiene más que un valor abstracto en la vida pública; se le respeta exteriormente, pero ya no está en el corazón. Se habla constantemente de la gran familia, pero con frecuencia no son más que palabras sonoras. La realidad desapareció, y no queda más que una forma vacía. Es el orgullo nobiliario de una antigua alcurnia y viejos pergaminos, pero sin los nobles sentimientos que atestiguan estos antiguos documentos. La fuerza se coloca en lugar de la antigua dignidad; el artificio, la hipocresía se apoderan del elevado sitio que ocupaban la veneración y las antiguas costumbres. Obrar de acuerdo con el cielo, conducirse según la voluntad del *Chang-Ti*, es todavía el lenguaje oficial; pero se interroga por medio de las artes astrológicas los decretos del destino, ó bien se escucha á los adivinos que anuncian la buena nueva. Fuera del estrecho círculo de la familia, en donde, principalmente en el interior, y lejos de las ciudades, reina todavía y aparece como el más antiguo y también el último sosten del conjunto, las antiguas virtudes desaparecieron cada vez más de la vida pública, hasta el punto que, particularmente en las ciudades mercantiles, los extranjeros vieron

frecuentemente con pena cambiadas completamente en sus contrarios la humanidad y la justicia.

Por esto también y naturalmente, la vista de intuición, rasgo fundamental de la antigua sabiduría, se desvaneció; en su lugar se introdujo el cálculo físico y moral, que el mayor número de los letrados pone toda su gloria en ejecutar sutilmente; todo lo que puede ofrecerse de más elevado, lo desdeñan con un fariseísmo arraigado. En moral y en política, se encontró después de largo tiempo el arte de eludir todas las leyes y conservar, sin embargo, para sí la letra, realizar en secreto todo lo que había sido prohibido anteriormente, bajo las más severas penas, y cuando alguna empresa de esta especie se hacía pública, justificarla por la ley misma y engañarse á sí mismo y á los demás; pero siendo esta ilusión recíproca, se destruye por sí misma, y uno no permite á otro su secreto juego, sino en tanto que no le pueda perjudicar. Es una oculta guerra de todos contra todos, que se hace frecuentemente con admirable astucia, y la fuerza pública solamente impide que se pierda por completo el imperio.

Los chinos, siempre con algunas honrosas excepciones, perdieron de vista todo lo que allí hay de primitivo, sin poder por sí mismos adquirir de nuevo las antiguas ideas, ni salir de donde están, porque la paz interior huyó de su corazón al cabo de largo tiempo; se contentan con los goces momentáneos, y abandonan con indiferencia los verdaderos bienes de la vida. La orgullosa narración de virtud y antigua grandeza llena las horas de ocio, y este es el único vuelo que toma el alma; aunque, á decir verdad, no puede propiamente llamarse vuelo, sino flotar en el torrente de la vieja costumbre. Cuanto menos subsiste realmente la antigüedad, tanto más se muestra sentimentalmente apasionada. La China lo es todo: fuera de ella no hay nada que merezca ser visto, sino es para encontrar algo que reprobar, y para decir que se sabe y que se hace mejor; todo esto con una insoportable arrogancia.

La vida es completamente material; lo útil decide únicamente el valor de una cosa, porque no se aprécia más que la vida terrestre, y el fin más elevado está muy por debajo de los objetos sensibles que les rodean; lo espiritual ha llegado á ser el imperio de las sombras en donde habitan los antepasados, y por antiguo hábito se le dirige una desdeñosa mirada.

El noble emperador *Kang-ki* censuró severamente todo lo que una vida semejante tiene de vano y engañoso, y recomendó vivamente la armonía del interior con el exterior. Pero se acercan los tiempos del cumplimiento; desde hace largo tiempo se ha dado fin á todo cuanto era posible en este estado de cosas y que realmente ha existido. El pueblo chino espera la redención y la educación en el espíritu de la verdad, que anteriormente ya le ha sido dado á conocer en figura (1).

(1) Windischmann, t. I.



Así habla este escritor. Pero hay más: no solamente la China conocía la futura redención; no solamente sabía que el Redentor debía venir del lado del Occidente; no solamente podía saberlo de los judíos que tienen, según una antigua tradición, desde doscientos seis años antes de Jesucristo, una sinagoga en el centro de su imperio, en la cual se conservan precisamente la ley de Moisés, con algunos profetas, así como los libros de Josué, de los Jueces, de Samuel y de los Reyes (1), sino que la Providencia le ha dado á conocer muchas veces la redención ya cumplida, le ha hecho saber que el Redentor había venido de donde sus antiguos sabios le esperaban.

Hacia la gran época en que el Evangelio fué anunciado en todas las lenguas y por toda la tierra, el Imperio Chino tocaba al Imperio Romano, y debió de esta manera oír de cerca la buena nueva. En un antiguo brevulario de la Iglesia de Malabar en la India, escrito en caldeo, se dice que la conversión de los chinos al cristianismo fué comenzada por el apóstol Santo Tomás (2). Las constituciones sinodales del patriarca Teodosio hablan del metropolitano de la China; y este título formaba parte del del patriarca que gobernaba los cristianos de Cochín, cuando los portugueses abordaron en la costa de Malabar. Arnobio, que vivía en el siglo tercero, cuenta á los seras ó chinos entre los pueblos que en su tiempo habían abrazado la fe. En el séptimo siglo y en el octavo, el cristianismo era no solamente conocido, sino floreciente en la China. Existe de ello un curioso monumento, y que los más importantes sabios han reconocido como auténtico (3).

En 1625 se desenterró, en las inmediaciones de la ciudad de Sianfu, provincia de Chensi, una plancha de mármol de diez pies de larga por cinco de ancha. En ella se encontró, sobre la parte superior, una cruz bien grabada, y más abajo una inscripción en caracteres chinos, acompañada en los bordes de muchas firmas en caracteres siríacos. Esta inscripción contiene la historia del cristianismo en China, desde el año 635 hasta el 781, en que fué erigido este monumento; es decir, durante ciento cuarenta y seis años. Dicese que en 635 Olopen, hombre de una eminente virtud, fué del *Ta-thsin* ó del Imperio Romano á Sianfu.

El emperador envió sus oficiales al encuentro de él hasta el suburbio occidental; le hizo introducir en su palacio y mandó que se tradujesen los santos libros que había llevado. Habiendo sido examinados estos libros, el emperador juzgó que la doctrina de ellos era buena y se podía publicarles. El decreto que dió con este motivo es citado en la inscripción. Dicese también en ella, en alabanza de la doctrina enseñada por Olopen, que la ley de verdad, eclipsada en la China en tiempo de la dinas-

(1) *Choix de Lettres édif.*, t. I, p. 232.

(2) Assemani, *Bibliot. orient.*, t. IV.

(3) Deguignes, *Mem. de la Acad. de las Inscripciones*, t. LIV, en 12.º, p. 296; Abel Rémusat, *Mémoires asiat.*, t. I, p. 33; *Nowé. Mémoires*, 9 t. I, p. 190.

tía de los *Tchu* y llevada al Occidente por *Lao-Tseu*, parece volver á su fuente primitiva para aumentar el brillo de la dinastía reinante. Refiérese esta doctrina en sustancia: dícese que *Aloho*, es decir, Dios en lengua siríaca, crió el cielo y la tierra, y que habiendo Satan inducido al primer hombre, Dios envió el Mesías para librar á los hombres del pecado original; que nació de una Virgen en el país de *Ta-Thsin* y que los persas fueron á adorarlo, á fin de que se cumpliesen la ley y la predicción. Los caracteres siríacos, que comprenden noventa líneas, contienen los nombres de los sacerdotes siríacos que habían ido á China á continuación de Olopen.

Otras relaciones nos dicen que muchos cristianos perecieron en 877 en la toma de la ciudad de *Cumdan*, hoy *Cantong*, por un jefe de los rebeldes (1). Al fin del décimotercio siglo, un religioso franciscano, Juan de Montecorvino, enviado al Oriente por el papa Nicolás IV, cuando llegó á *Khan-Balckh* ó la Ciudad Real, hoy *Pekin*, encontró en ella un gran número de cristianos unidos á los errores de Nestorio. Bautizó él mismo muchos millares de personas y levantó allí una iglesia; convirtió á un príncipe de los mongoles, que entonces reinaba en China; tradujo á su lengua el Nuevo Testamento y los Salmos, fué nombrado arzobispo de *Pekin* en 1314 por el papa Clemente V; murió allí en 1330, y tuvo por sucesor un religioso del mismo orden. Las relaciones de los musulmanes confirman todo esto, porque ellas nos dicen que había en efecto muchos cristianos entre los *keraitas*, tribu mongola, de la cual era el príncipe convertido, y citan muchas princesas de esta nación que profesaron resueltamente la religión de Jesucristo (2).

Al fin del decimoséptimo siglo, los religiosos de San Ignacio, de Santo Domingo y de otras congregaciones comenzaron á predicar de nuevo el Evangelio en la China. Y actualmente hay en este país muchos obispos titulares, con un clero católico de indígenas. La China, aunque esté á dos mil leguas del centro del catolicismo, no puede, pues, quejarse de la Providencia.

#### LA INDIA.

La India es la cuna de la filosofía, el paraíso de los filósofos. Por muy alto que se remonte, la historia profana nos muestra la filosofía floreciente en la India; vemos á los filósofos indios, los brahmanes venerados por sus compatriotas y admirados por los extraños. La antigua Grecia les considera como los oráculos de la sabiduría. *Pitágoras*, *Anaxarco*, *Pirron*, irán á consultarles. Desde los primitivos tiempos hasta los nuestros, estos filósofos son los dueños de la India; reinan en ella sobre los espíritus y sobre las voluntades; lo que ellos dicen se cree, lo que mandan se hace. Desde hace veinte á treinta siglos, no les falta nada para

(1) *Ibid.*

(2) Abel Rémusat., *Nowé. Mémoires*, t. II, art. *Juan de Montecorvino*.